

TAUROMAQUIA

# CRIADO PARA MORIR



49

*TEXTO Y FOTOS DE ELOÍSA OLIVA.*

**En las arenas de la Plaza de Santa María, en la capital colombiana, cada fecha de la temporada taurina incluye seis combates desiguales, como el que decidió la suerte de Rancherito, un toro de lidia enorme y manso. En un pueblito de la Puna jujeña, cada 15 de agosto hay una batalla algo parecida, pero menos dispar: allí la Virgen de la Asunción resguarda por igual las almas de los hombres y de los machos bovinos.**

**A** las 15, los monosabios terminan de alisar la plaza. Camisas rojas, pantalones blancos, brillan en el reflejo dorado de la arena que peinan con paciencia. Cuando se retiran, los alguacillos dan inicio al rito. Vestidos de negro, con botas de cuero, y sombrero emplumado, son los primeros del tradicional paseillo.

Dan la vuelta a la plaza montados en sus caballos, igualmente oscuros, remedando su antiguo rol de expulsar al pueblo para que comiencen las corridas. Ahora sí, con este augurio, podrá empezar la fiesta taurina. Los clarinetes de la banda se pierden en el aire, entre las gradas, donde dos gringos con sombrero mexicano toman ron de una bota de cuero.

En segundo lugar entran los banderilleros, vestidos con sus trajes multicolores, con aire de grandeza, apretados, radiantes de tanto hilo dorado, las medias rosas y los zapatitos como de baile. Siguen los picadores, montados en caballos de ojos vendados, y un costado armado de hojalata. Lanza en mano, los picadores son abucheados por el público. Parece ser parte de la tradición. Y al último, hacen su ingreso los toreros. Son tres: uno de rojo, uno de blanco, uno de verde. Cada uno toreará dos veces en la tarde.

Termina el paseillo y tanto los actores como los figurantes desaparecen tras las vallas. Detrás de escena, espera Rancherito. A las 15:15, unos hombres se pasean por la pista de arena anunciando en carteles su nombre, su peso, su fecha de nacimiento: Rancherito. 461 kilos. Diciembre 2005.

A las 15:18 se abre una puerta, y el toro se lanza a la carrera. Arremete contra la arena, bufa, rasca con sus patas como un perro que busca el hueso. Pero se aburre rápido, sacude la cola, mira alrededor, parece perdido. El primer banderillero aparece hacia las 15:20, y corre a Rancherito con sus coloridas estacas hasta que logra clavárselas sobre el lomo. El banderillero escapa de la pista, mientras Rancherito se sacude, la sangre le chorrea apenas, un hilo más oscuro sobre su lomo rojizo. El segundo banderillero tiene la misma suerte: el toro no responde al ataque. Le clava dos estacas más en el lomo, y el animal vuelve a sacudirse, como si las banderi-



llas fueran moscas. En sus ojos parece haber algo más cercano a la incompreensión que a la bravura o la furia, emociones para las que los toros de lidia son criados. En las gradas circulares de cemento, la gente pide cambio de toro: Rancherito no da pelea, está faltando a su linaje. Por traidor, merece salvarse, ser un toro poco heroico pero vivo. Sin embargo, la autoridad taurina —la que marca los ritmos y los premios desde un palco adornado con la bandera multicolor de Colombia— señala que no autoriza el cambio. Entonces ingresa el tercer banderillero. Y otra vez: una corrida breve y dos pinches más sobre el lomo.

Le llega ahora el turno al picador, que, montado a caballo, entra en la arena. El toro arremete contra el caballo, trata de hundirle sus cuernos, mientras es el hombre quien, resguardado por la distancia y la hojalata, se las arregla para lancearlo una vez más en el lomo que sangra. Y cuando el animal se revuelve en la sorpresa y el dolor renovado, el picador escapa. Ahora sí, con el toro debilitado, es la hora de que el torero luzca su arte.

Con talante de bailarín, desplegando histrionismo, entra el primer torero de la tarde haciendo reverencias al público. La banda lo saluda con acordes festivos de los clarinetes. El hombre sacude el manto, hace despliegue de humor y la tribuna lo festeja. Pero Rancherito no le responde. Las circunstancias demuestran que algo está mal en la genética de este animal. El torero, sin embargo, está empeñado en completar su rutina y lo azuza hasta que, con debilidad, el toro embiste.

Eso es suficiente. A los pocos minutos, la suerte está sellada. No hay mucho más que hacer por este toro manso. La espada para matar es una. Por eso, cuando el torero se acerca al vallado y el mozo le hace entrega, todos saben que la primera corrida de la tarde termina sin gloria. Y menos de quince minutos después de ser picado en el lomo, la espada de matar hace su tarea, y Rancherito se sienta a morir.

Así de monocorde, así de simple: contemplar a esa mole rojiza de más de cuatrocientos kilos sacrificada a las 15:45 de un sábado soleado y frío, en la ciudad de Bogotá.





## ¿TRADICIÓN EN AGONÍA?

La tauromaquia, que desembarcó en América como consecuencia de la conquista española, sigue vigente en su forma tradicional en algunos países como México, Perú y Colombia. Mezcla de destreza física con espectáculo popular, sus detractores condenan a las corridas por ser una de las expresiones más acabadas de la barbarie y la crueldad contra los animales; mientras que sus defensores esgrimen la antigua raíz cultural de esta práctica, la exaltación de la bravura y su particular poética. En España, el debate sobre la legitimidad de las corridas está más candente que nunca, ya que el Parlamento Autónomo catalán las prohibió recientemente y en Madrid aumenta la presión ciudadana para que se discuta su prohibición.



Así de monocorde, así de simple. Contemplar a esa mole rojiza de más de cuatrocientos kilos sacrificada a las 15:45 de un sábado soleado y frío, en la ciudad de Bogotá.

Después de que un carro se lo lleve a rastras, cinco toros más morirán esta tarde. Algunos más bravos, algunos que hasta merecen flores, chales de las damas arrojados con dramatismo, y pases de música para despedirlos. Uno de los toreros se llevará como galardón una oreja del animal que mató, por la bravura del toro al que le tocó enfrentarse. El curioso premio es el menor de una escala que incluye diferentes partes del cuerpo del animal: una oreja, dos orejas, las orejas y la cola, y así. Un rito que logra codificar en símbolos inagotables la crueldad.

## Dos cuernos y una vincha

15 de agosto de un año cualquiera. En Casabindo, en medio de la Puna jujeña, frente a una iglesia blanca, la siesta muestra un extraño jirón de tradición hispana: el pueblo se prepara para una corrida de toros, a pesar de la ya centenaria Ley Sarmiento, que en 1891 prohibió en Argentina diversas formas de maltrato y crueldad hacia los animales entre las que se encuentran las corridas de toros. Qué es lo que sucede, entonces, en Casabindo, un salto en el tiempo, una anomalía en el mapa nacional.

Pero estos toreros no visten trajes brillantes, ni usan el capote planchado, sino apenas un manto que no se sabe cuántas corridas cargará. No despliegan los aprendidos pasos de su danza, ni piden ovación por su ingreso en el terreno de la pelea.

Frente a la Iglesia, custodiados por la Virgen de la Asunción, los improvisados hombres que se lanzan a la contienda intentarán quitarle una vincha de monedas de plata que el toro lleva en la frente. Cuando lo logren, en igualdad de condiciones e ignorancia de los ritos tanto para el toro como para el torero (acá no hay escuelas ni formación en esa destreza), la guerra entre las especies habrá terminado. Sin sangre ni mutilaciones; o al menos no programadas.

Las corridas en Casabindo forman parte de los festejos por la Virgen de la Asunción, patrona del pueblo, que es quien lleva la vincha en la procesión que se celebra a la mañana del mismo día, el 15 de agosto. Cuando la virgen vuelve a la iglesia, ya sin su vincha, custodia la única corrida del año. El hombre debe quitarle el trofeo al toro para devolverlo a los pies de "la mamita", como los lugareños denominan a su virgen patrona.

Hombre contra bestia, sincretismo religioso, cortejo de la dama, son algunas de las posibles interpretaciones que pueden hacerse de la costumbre de Casabindo. Pero qué importan ahora las interpretaciones.

Lo cierto es que en Jujuy la tarde también termina, y la multitud se dispersa. Sólo la virgen queda en el lugar, soñando con las almas de los toros como Rancherito, que si hubieran nacido en Casabindo, hubieran corrido una suerte muy distinta. 🐮

